

bien el matrimonio fué instituido por Dios; tambien en el estado conyugal puede conseguirse la santidad, como la consiguieron las Elisabeth, las Franciscas de Chantal, las Brígidas, las Perpétuas, los Luíses de Francia; y si en nuestros días las más de las veces no produce estos frutos es, porque se ha paganizado de nuevo, mediante la corrosiva accion de la incredulidad moderna. Convertido el matrimonio en negocio de interés, ó de sensualidad, no es de maravillar que, pasadas pocas semanas, se convierta en una imágen de aquella region, de donde están alejados para siempre el órden, la paz y el gozo.

Pero si el matrimonio no es vedado, lo es toda impureza. Nuestro cuerpo es como un templo vivo de la divinidad; y el que le profana con obscenidades, pierde la amistad de Dios. Tertuliano decia, que los cristianos son como santuarios ungidos y consagrados por el Espíritu Santo, de cuyos santuarios es custodio la pureza; y que todos debemos impedir, con las más diligentes industrias y con los cuidados más atentos, que entre en ellos nada inmundo, para que aquel Dios, que los habita, no abandone, indignado, la profanada morada (1). Hé ahí lo que debemos procurar, hermanos míos; hé ahí lo que nos es necesario para imitar en toda condicion la Virginidad de María.

Y ahora perdonad, amados hermanos, si me atrevo á haceros una súplica. Llevad la mano al pecho para aseguraros de que los lábios no desmienten al corazon, y respondedme: ¿Sois de tal condicion, que Jesús y María puedan consideraros como un objeto de complacencia? ¿Acaso, sin revolcaros por el lodo del vicio, evitais todo cuanto ofende sus candorosisimas miradas? ¿Evitais ciertas imprudentes miradas, y á veces peligrosas, ciertos pensamientos impropios de la santa sencillez de una casta delicadeza, ciertos deseos que no tienen por emblema la blancura del lirio, ciertas amistades contraídas más bien por la carne que por el espíritu, y ciertos efectos de los cuales Dios no es su principio ni fin? ¡Ea! arrojemos valerosamente de nuestro corazon, no solo lo que puede ofender á Jesús y á María, sinó que tambien todo cuanto pueda desagradarles. Recordemos que no hemos nacido para servir á la carne; y que si queremos aspirar á la felicidad, no debemos vivir en medio de las delicias terrenas. Recordemos que, siendo nuestros cuerpos miembros de Jesucristo, conviene que hagamos de ellos un santo uso; que donde no alcanza la mirada del hombre, alcanza la de Dios; y evitando todo cuanto sea reprobable, roguemos á María, para tener con su proteccion la dicha de seguir sus ejemplos, y de merecer siempre las miradas de su divino Hijo.

(1) Tertul. lib. 2, de cul. faem.

DISCURSO XVII.

VIRGINIDAD Y FECUNDIDAD.

Ecce virgo concipiet, et pariet filium.
Sabed que la Virgen concebirá y parirá un hijo. (Isa. VII, 14).

Nada hay más suave ni más árduo que hablar dignamente de la virginal gloria de María. Esta sentencia, que parece reunir ideas contrarias, es, sin embargo, verdadera. Nada hay más suave, pues, al tratar de la virginal belleza, que regocija al Cielo y convierte la tierra en Paraíso, los ojos derraman tiernas lágrimas, el corazon se ensancha, y mil lisonjeras imágenes nos conmueven en lo más íntimo. Nada hay más árduo; pues, al recordar aquella perfecta virtud, que, libre de los lazos de la carne, vivió acá abajo como si anticipase la vida de los bienaventurados, se siente, que, sobrepujando á las mismas inteligencias angélicas, no puede medirla ninguna humana inteligencia. Por esto, algunos oradores famosísimos, convencidos de que por más estudio, por más voluntad, por más afecto y por más celo que empleasen en esta materia, de que se sentían deliciosamente embriagados, no sabían tratarla como deseaban, prefirieron contenerse en un devoto silencio. Los mismos Padres de la Iglesia afirmaron, que no se podía alabar debidamente á Aquella, que por mucho que se la alabe es superior á toda alabanza.

Esto que me ha sucedido á mí, que soy el último de todos, cuantas veces he tenido que hablar de María y de su virginidad, sin duda me sucederá tambien hoy, llenándome no sé si de mayor dileccion ó de mayor confusion. En efecto; mi discurso debe versar, amados hermanos, sobre una virginidad verdaderamente prodigiosa, acompañada de una aún más admirable divina fecundidad. Creo que esto os será sumamente grato; bien que tema, que cuanto voy á exponer, os parezca poco proporcionado, como efectivamente lo será, al mé-

rito de la Santísima Virgen. Ya veis, pues, en que compromiso me encuentro; por una parte, la celebridad de María en su virginidad no me permite pasarla en silencio; y por otra, la importancia del asunto me roba la esperanza de elogiarla como se merece. No obstante, ya que el argumento que debo tratar, me pone delante la virginidad de María, que, singular por sí misma, es en premio fecunda de un Hijo singularísimo, es preciso que entre en materia, á pesar de mis débiles fuerzas. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

El Señor, al decir á Job, que nunca podría comprender su poder y su paciencia, preguntóle: ¿Por ventura has entrado en los depósitos de la nieve? (1) Permitidme, hermanos míos, que yo os pregunte á mi vez: ¿Habeis intentado descubrir los tesoros de las nieves purísimas de María? Vosotros no ignorais, que la índole del corazón de la Virgen fué la pureza virginal, y que esta pureza fué la forma de sus costumbres; vosotros sabeis, que, desde su más tierna edad, sin que la obligase ningun precepto, sin consejo que la fortaleciese, y sin ejemplo que la precediese, se ligó con voto de virginidad; vosotros sabeis, que conservó el candor de sus lirios bajo la sombra del Templo, y entre las paredes de su casa; en la vida privada, y en la pública. Sin embargo, no son estas las nieves que más se deben admirar en Ella; como no lo son la época de su nacimiento, la más contraria á la inmaculada pureza de la carne; la nación en que vivía, la ménos favorable á esta virtud; el estado en que la conservó en el estado del matrimonio, el más opuesto á la virginidad. Estas nieves consisten, en que María quiso ser virgen con preferencia á la divina maternidad.

Observad en la casa de Nazareth un espectáculo digno de altísima admiración. Allí miran todos los siglos; allí se inclinan los Cielos; allí está pronta á revelarse la divina misericordia en toda la efusión de sus gracias. Dos de los más estupendos seres, que han salido de las omnipotentes manos del Altísimo, están en mútuo coloquio: Gabriel, y María. Aquél le ofrece la fecundidad, y ésta persiste en el propósito de permanecer virgen; aquél le propone subir á la mayor de las dignidades, y ésta se mantiene firme en su resolución; aquél la anuncia el incomparable decoro de verse Madre de Dios, y ésta prefiere la virginal pureza. Gabriel aguarda que María pronuncie el FIAT más maravilloso que el de la creación; y aunque María, en pre-

(1) Job. XXXVIII, 22.

sencia de Gabriel, se muestre penetrada de sincera gratitud por la bondad de un Dios que la favorece con tan excelso honor, temblorosa con respecto al tesoro que prefiere á todas las glorias, no titubea en renunciar á la de Madre del Señor, si no puede unirse con la virginidad, que amó con un amor inmenso, y por espontánea elección. Yo creo, que el mismo Arcángel se maravillaría de esta deliberación.

Y nosotros no podemos ménos de admirarnos de tal constancia, nunca vista, ni oída; tan magnánima á un tiempo, y tan sencilla en su magnanimidad. En efecto, si se hubiese tratado de renunciar las riquezas del mundo, sabemos que muchos, movidos de la gracia, rompieron voluntariamente aquellos lazos, que, á modo de fuertes cadenas, les sujetaban; si de las pompas del siglo, sabemos de otros, que, siguiendo las huellas de Jesucristo, arrojaron aquella pesada carga que oprimía su espíritu, para que admitidos en el ósculo de la paz, pudieran ocuparse del todo en los bienes eternos. Pero María, no trata de renunciar riquezas ni tesoros, reinos ni imperios, victorias ni trofeos, que fueron la gloria de tantos, que armados sus pechos de triple coraza contra toda fascinación de grandezas terrenas, fueron elevados por la Iglesia á los honores de los altares; trata de renunciar la dignidad de Madre, no de un general de ejércitos, no de un príncipe de un pueblo numeroso, no de un Profeta, de un Patriarca, ni de un Santo; sinó del Dios de los Profetas, del Dios de los Patriarcas, del Dios de los ejércitos, del omnipotente, gobernador de Cielo y tierra. Se trata de renunciar á una dignidad, que, colocando el trono sobre la cabeza de los Angeles y de los Arcángeles, no habrá quien la sobrepuje, á excepcion de Dios. ¿Y María no se resuelve? ¿Está todavía indecisa?

Y nuestra admiración crecerá de punto si se considera, que nadie había deseado tanto la encarnación del Verbo como María. Conociendo los divinos oráculos, con un ardor mucho más vivo que aquel con el cual los Profetas de Judá conjuraban los Cielos á que enviase el suspirado rocío, las nubes á que llovieran el Justo, la tierra á que brotara al Salvador, rogaba por la venida del prometido Mesías. Tan fervorosos eran sus suspiros, tan encendidos, que Ella sola consiguió, entre toda la muchedumbre de los moradores de la tierra, hacer violencia al Rey de reyes; Ella sola, con sus ardientes votos, indujo al eterno Padre á enviar á la tierra á su Unigénito en carne mortal. Y sin embargo, mientras que deseaba de esta suerte ver en la tierra al Deseado de todas las naciones, cuando se le anuncia llegada la hora

de esta misericordia, y está á su disposicion el que se derrame á favor del género humano, refrena sus suspiros; y en vez de prevenir con santa impaciencia las preguntas del Arcángel, no le contesta sin adquirir ántes la certidumbre de que conservará su virginidad. ¡Oh! este, más que cualquiera otro argumento, nos dá á conocer, con cuanto insuperable afecto amaba María la Virginidad.

Con mucho acierto, pues, la Iglesia Católica la festeja con augustas pompas de solemne regocijo; y el pueblo cristiano la saluda Virgen de las vírgenes, arrojando flores sobre sus altares y entrelazando guirnaldas de azucenas en los muros de los templos que le están dedicados. Esta prodigiosa virginidad fué coronada por una más que prodigiosa fecundidad, cual es la de concebir al Hijo de Dios. Tal, es, precisamente, la fecundidad de María. Apénas el Arcángel la hubo tranquilizado acerca del candor de sus azucenas, y Ella dado el consentimiento á la obra anunciada, cumpliósse el incomprensible misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. La virtud del Altísimo descendió sobre la inmaculada Virgen, cubriéndola con su sombra, el Espíritu Santo fecundizó sus entrañas, de su purísima sangre formó el adorable cuerpo del Hombre-Dios; al que se unió el alma más santa y más perfecta que pudiese salir de las manos creadoras de la augusta Trinidad; y la pobre naturaleza humana quedó unida con la naturaleza divina. Aquel, que tiene por trono el empíreo y la tierra por escabel; Aquel, que es el esplendor de la gloria y el vivo retrato de la eterna substancia; Aquel, que todo lo rige y gobierna con su palabra; se hizo hombre. El Altísimo se humilló, el Fuerte se hizo débil, el Inmenso limitado; el Criador descendió de la magestad á la abyeccion, de la beatitud á los padecimientos, de la omnipotencia á la enfermedad, y de la gloria á las angustias. Por consiguiente, María es la vara de Jesé, de la cual brotó el precioso pimpollo; la feliz aurora, que llevó en su seno al Sol de justicia; la nube, que derramó fecundante lluvia sobre la árida tierra; ó para decirlo mejor, es la Madre de Dios, por que es la Madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Pero, si María es madre, ¿qué queda de su virginidad? Queda otro milagro, de que se maravillan los bienaventurados, y ante el cual enmudecen de profundísimo estupor todas las criaturas inteligentes; el milagro de una virgen, que sin dejar de serlo, llega á ser madre. En efecto; era conveniente para la gloria del Padre y la del Hijo, que la Encarnacion se verificase por medio de una madre que fuese virgen. Era conveniente para la gloria del Padre, á quien no convenía

comunicar á nadie más su paternidad, puesto que es gloria suprema para Él, tener un Hijo, que le es consubstancial. Era conveniente para la gloria del Hijo, porque, suprema gloria es la suya de hacerse reconocer y adorar como verdadero Hijo de Dios. Por esto Aquel, que descendía en medio de los hombres para traer la integridad y la incorruptibilidad, debía dar principio á la obra emprendida con la incorruptibilidad y la integridad de Aquella, que había escogido por madre; por esto Aquel, que llevaba á los cuerpos humanos una nueva gracia de inmaculada sinceridad, debía nacer en un orden enteramente nuevo.

Así es que en la ley antigua, varios simbolos y figuras prepararon los ánimos para el novísimo advenimiento. Aquí se vé un zarzal, que no se consume, á pesar de arder en pavorosas llamas; allá una vara, que florece, bien que separada de su raíz; acullá una flor, que sin destruir el capullo que la encierra, se entreabre lozana sobre su tallo; otras veces es una piedra desprendida espontaneamente de la roca; otras, un vellon desplegado á la inclemencia del rocío sin que lo moje. Esas figuras y esos simbolos, ó no significan nada, ó indican claramente, que la Madre del Salvador es virgen. Este argumento emplearon los apologistas católicos, explicando con su arrebatadora elocuencia la singularísima virginidad y la nobilísima fecundidad de María, contra los adversarios que se atrevieron á impugnarla.

Si deseais saber, amados hermanos, como María, permaneciendo virgen, pudo ser madre, os diré con la doctrina de los Santos Padres: Así como Adán nació de tierra virgen, del mismo modo Cristo fué procreado por una madre virgen; así como no había pasado el arado sobre la tierra madre de aquél, tampoco fué violado por la concupiscencia el seno de María; y así como á Adán formóle Dios de barro, á Jesús formóle el Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen (1). De la propia suerte que Adán, sin mujer, engendró á Eva con su propia carne, así María engendró á Cristo sin obra de varon; y así como, una vez sacada la costilla para producir á Eva, Adán quedó intacto, tambien María quedó inmaculada despues de haber concebido á Jesús (2). Del mismo modo que la vara de Arón produjo fruto, bien que separada de la raíz y sin estar hundida en el suelo, cual lo exigen las leyes de la naturaleza, María, sin obra de varon, dió, sobre todas las leyes naturales, el más bello fruto, esto es, el

(1) S. Ambros., serm. 47 de quadrag.

(2) S. Chrisost., Orat. in Theoph.

Hijo de Dios (1). Así como la estrella esparce sus rayos sin detrimento suyo, también la Virgen concibe al Hijo de Dios sin menoscabo de su pureza; y de la propia suerte que el rayo no disminuye la claridad de su estrella, tampoco el Hijo mengua la integridad de su Madre (2).

Con estos símiles, los doctísimos y santos varones que florecieron en la Iglesia, procuraron explicar la admirable virginidad y la más que admirable fecundidad de María; y no obstante, la unión de ambos privilegios, siempre será en Ella uno de los más estupendos milagros de la omnipotencia divina. No cabe duda; los Libros sagrados refieren muchos prodigios obrados por Aquel, que tiene por pabellón los Cielos, y á cuya presencia tiembla la tierra, son confundidos los abismos, y derribadas las tiendas de Madián. De vez en cuando, Dios se dá á conocer, suspendiendo las primitivas leyes de la naturaleza y rasgando el velo que le oculta, como á Señor de las criaturas y del órden mismo que las gobierna. Pero, ¿qué son todos los otros prodigios comparados con aquellos que se verificaron en la Virgen?

Por eso se han tributado á María los más sublimes elogios. La gracia la hace madre, dice el Crisólogo, no la naturaleza, puesto que en su concebir crece el pudor, se aumenta la castidad, se corrobora la pureza, se consolida la virginidad (3). Únicamente bella por la flor juntamente con el fruto, decía Guillermo Abad, Ella sola, entre todas las madres, conserva la flor de la virginidad; Ella sola, entre las vírgenes, tiene el fruto de la fecundidad (4). Hé aquí, exclamaba San Ildefonso, que fuera de lo acostumbrado, con órden insólito, y con insólita ley, en una misma persona, en un mismo cuerpo, en una misma condición, en una misma edad, el pudor de madre alterna con el rubor de virgen; el honor de virgen con el honor de madre; con la generación la virginidad, y con la prerogativa de la virginidad la facultad de concebir. Ninguno de ambos privilegios cede al otro; ninguno de ellos causa daño alguno al otro; sinó que se dán mutuamente la mano. No se separa de la madre el decoro de virgen, ni el quedar virgen impide el parto maternal; el Hijo no marchita el lirio virginal; y este lirio se enlaza con la dignidad de madre; el pudor

(1) S. August., serm. 2, Ado.

(2) S. Bern., ser. 2, super Missus est.

(3) S. Pet., Chrysolog, serm. 142.

(4) Guliel., Ab. Can. I.

virginal ennoblece la maternidad, y la prole ennoblece la virginidad (1).

La virginidad del alma teme todo cuanto puede empañarla, renuncia con firmeza cuanto no puede armonizarse con ella, ama el retiro, la meditación y la oración. Tal fué la virginidad de María. Pero, ¿es de tal condición la nuestra? También nosotros recibimos en el Bautismo la estola de la inocencia y pasamos á ser templos vivos del Espíritu Santo; recibimos la gracia por medio de los sacramentos, y nos unimos íntimamente con el Hijo de Dios en la Eucaristía; también nosotros vestimos la carne de que se vistió Jesucristo, y nuestros cuerpos están destinados á entrar en la gloria de los moradores del celestial Paraíso. ¿Y cuál es nuestra diligencia, cuál nuestra solicitud para conservar tantos bienes? Llevando preciosísimos tesoros en vasos de barro quebradizo, ¿cuál es nuestro cuidado, cuál nuestra vigilancia para conservarlos? ¡Ah, de cuán diferente manera obramos nosotros de la que obró la Santísima Virgen! En vez de temer lo que podría empañar la pureza con emanaciones impuras, no hacemos de ello caso alguno; en vez de renunciar á cuanto podría perjudicarnos, nos encaprichamos por frivolidades; en vez de meditar, nos distraemos en pensamientos mundanos; en vez de orar, procuramos olvidarnos de Dios y gozar del mundo. De ahí dimana, que desde los primeros años de la infancia, desde los días de la adolescencia, se pierda la virginidad del alma, la inocencia del corazón, el principal ornamento del cristiano.

¡Oh, amados hermanos! pongamos atento cuidado en regular con calma y con juicio todas nuestras acciones, y en moderar nuestra lengua para no caer en los lazos del pecado; procuremos que la fé se conserve siempre viva en nosotros, la esperanza siempre santa, la caridad siempre ardiente y la oración siempre continua. Entónces, fortalecidos de esta suerte, si nos asalta la tentación, en la vigilancia del espíritu y en el vigor de la conciencia hallaremos fáciles recursos para vencer en la lucha. Llenos de buenas máximas, que, en ciertas ocasiones, pueden servirnos de sólido escudo; ejercitados en las sólidas virtudes, que saben resistir los asaltos de los enemigos; fortalecidos con las resoluciones tomadas, que oponen muros de bronce á las asechanzas de los adversarios, no temeremos que el tentador nos derribe. Por más que nos declare terrible guerra, que emplee toda arte astuta para causarnos daño, no triunfará de nos-

(1) S. Ildephons., de Virg. Deip. c. 2.

otros. Asústense, ya que tienen motivo, de resbalar á cada paso y de abismarse al menor golpe, aquellos que viven sin cautela, sin prácticas religiosas y sin pedir nunca auxilios á Dios; pero nada tienen que temer aquellos que, tomadas por su parte las convenientes medidas, imploran, con el corazón en los labios, los socorros de la divina misericordia.

Siendo vírgenes de entendimiento y de corazón, seremos fecundos, ya que es propio de las buenas obras producir frutos de vida inmortal. Tendremos luces para disipar nuestras tinieblas, gracias para alentar nuestro espíritu, méritos para prepararnos una eternidad feliz, y medios para subir á la inmarcesible beatitud. Después de la fecundidad de María, no hay fecundidad más preciosa que ésta, puesto que precisamente para esta nuestra fecundidad tuvo lugar la fecundidad de María. El Eterno Padre envió al mundo á su Unigénito Hijo, para nuestra salvación; y para la salvación nuestra, el Hijo de Dios unigénito se encarnó en las entrañas de la Virgen; y en todo cuanto obró, en todo cuanto padeció, no tuvo otra mira que nuestra salud espiritual. Por lo tanto, ¿no es este el negocio que puede llamarse propiamente nuestro, que nos está recomendado expresamente, y el solo necesario, con preferencia á cualquier otro? Y por eso, si con la virginidad del entendimiento y del corazón, si con la virginidad del alma, se nos otorga el producir frutos de eterna salvación, frutos de vida eterna; ¿no es cierto, acaso, que se nos concede el ser preciosamente fecundos, y hacer que, por nuestra parte, la fecundidad dimanase de la virginidad? ¡Oh Jesús! que, queriendo tomar carne humana, escogisteis por madre á una vírgen; infundid en los corazones de vuestros creyentes un tierno amor á la pureza, grande horror al vicio, que es su contrario, para que nada se oponga á ser vuestros seguidores en el destierro, y vuestros glorificadores en la patria celestial.

DISCURSO XVIII.

MODESTIA.

In fine autem omnes modesti.
Finalmente, sed todos... modestos.
(I. PET. III, 8).

Se disputó mucho entre los antiguos, acerca de cual fuese la cosa más pequeña y al propio tiempo la más grande de todas. Algunos dijeron, que era el sol, que con ser el mayor de los astros, lo recoge la vista en la órbita de una mirada; otros, que eran los ojos, que siendo globos muy reducidos, se extienden á objetos de desmesurada mole y que se hallan á gran distancia de ellos. Unos juzgaron, que era la lengua, pronta, aunque pequeña, á celebrar cuanto hay de magnífico y de excelso; aquellos, que era el corazón, limitado en su esencia é ilimitado en los deseos, pues, siendo pequeño, es más grande que todo el mundo. Hablóse y se escribió mucho sobre el particular; pero como que todos sostenían su tesis con abundancia de razones y energía de pensamientos, quedó el problema sin resolver.

Sea lo que fuere de tales opiniones, me parece que se puede afirmar, que la cosa más grande y la más pequeña á un tiempo, es la Santísima Virgen. En efecto; María, superior á todas las criaturas, no reconoce semejante ni segunda, coronada con las estrellas de toda virtud. Hija del Altísimo Padre, Madre de aquella fuente de inmensa bondad que fué nuestro Salvador, esposa del Dios Paráclito, bendita entre las mujeres, y por eminencia de santidad elevada sobre los coros de los ángeles, es, sin duda, grandísima. No obstante, se cree Ella tan ínfima, se considera tan pobre, vive retirada en tal oscuridad, se conduce en todas ocasiones con tanta modestia, que, siendo la más grande, parece la más ínfima de todas las criaturas. Preciosa enseñanza para los que, si bien poseen las demás virtudes, no las adornan con la modestia. La virtud no se hermana con la vanagloria;